



## *No hay pasado*

*Una conversación con Alicia Kozameh*

por Laura Scarabelli

La narradora y poeta ALICIA KOZAMEH nació en Rosario, Argentina, en 1953. Escribe desde muy corta edad. Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Rosario; durante los años de su formación tomó contacto con los movimientos políticos de la época, y a partir de los años setenta militó en el PRT-ERP (Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo). Detenida política desde setiembre de 1975, seis meses antes de la instauración de la última dictadura militar, pasó tres años y tres meses de presidio, primero en la Alcaldía de Mujeres de la Jefatura de Policía de Rosario, conocida como 'El Sótano', y luego en la cárcel de Villa Devoto, en Buenos Aires. Liberada en diciembre del año 1978 como parte de una lista de doscientas libertades otorgadas por Navidad, y bajo libertad vigilada por otros seis meses, continuó sufriendo persecuciones y amenazas hasta el momento de su exilio, en 1980, primero en Los Ángeles y luego en México, en Cuernavaca y en la Ciudad de México, donde trabajó como redactora en la revista literaria *La brújula en el bolsillo*. Con el regreso de la democracia en Argentina volvió a Buenos Aires, en 1984. En 1987 se publicó *Pasos bajo el agua*, novela que reconstruye la experiencia carcelaria propia y la de otras compañeras, y que le costó el recrudecimiento de las amenazas policiales y militares. Volvió a Los Ángeles en 1988, donde actualmente reside enseñando en el Departamento de Inglés, dentro del Programa de Creación Literaria, en la Universidad Chapman de Orange



County. Su obra narrativa y poética, traducida a diferentes idiomas, es muy extensa y sigue dos líneas de fuga, íntimamente imbricadas entre sí: la reflexión sobre la violencia, el poder y la experiencia del exilio, y aquella sobre la identidad y la memoria [adelantaría la mención a la segunda línea de fuga. La primera protagoniza las páginas de *Pasos bajo el agua*, *259 saltos, uno inmortal* (2001), novela dedicada precisamente al exilio, el libro de poesía *Mano en vuelo* (2009), los cuentos de *Ofrenda de propia piel* (2004) y su última novela, *Bruno regresa descalzo* (2016), que explora la manera en que muchos de sus compañeros hombres enfrentan el dolor de las pérdidas durante la represión política de los años setenta.

Por su parte, la identidad y la memoria son tematizadas en *Patatas de avestruz* (2003), que ficcionaliza recuerdos de su niñez y adolescencia, *Basse danse* (2007), novela alegórica y dialógica sobre la existencia, *Natatio aeterna* (2011), donde se explora el modo en el que diversos personajes se reconocen (o no) como integrantes de un grupo, y en *Eni Furtado no ha dejado de correr* (2013), que a través del relato del abuso sexual a una niña abre una reflexión acerca del abuso y la memoria. Su último proyecto literario, constituido por cinco tomos, es de poesía en prosa. Titulado *Sal de sangres*, encarna el ejercicio constante de la palabra, una palabra tensa, que se tuerce, que fuerza los confines de la significación, obligándolos a cuestionar permanentemente la realidad que nos rodea.

Esta conversación, que tuvo lugar el 23 de noviembre de 2017 en el marco del II congreso de Literatura y Derechos humanos de Morelia, cruza los distintos territorios del escenario creativo de la autora: el amor por la palabra, el espacio de la memoria y la escritura como línea de fuga, para restituírnos, aunque en la parcialidad y el fragmento, la complejidad de su universo literario.

## EL AMOR POR LA PALABRA

**L. Scarabelli:** ¿Cuáles son las bases de tu interrogación en la escritura? ¿Se alimentan de otros textos o proceden de la misma experiencia, una experiencia de crisis y de cuestionamiento permanente de la realidad?

**A. Kozameh:** La curiosidad nació conmigo. Toda mi vida ha sido un constante “por qué”. Ha estado marcada y determinada por interrogantes y cuestionamientos de todo tipo. Y porque el origen de tanta pregunta está en el inicio, diría que en la segunda parte de tu pregunta está la respuesta. La experiencia cotidiana propia, y la ineludible comparación con situaciones disímiles y variadas, como ver otro niño en la calle pidiendo limosna (que no era algo que yo viera en mi cotidianidad), despertaba de inmediato la pregunta, el pensamiento que seguía a la respuesta y sobre todo la ansiedad y la incomodidad ante la falta de respuesta, que era lo habitual. Después llegaron las lecturas complejas y sus intensidades: la idea era absorber esos textos buscando respuestas, para terminar asediada por muchísimas más preguntas. Las respuestas siempre han sido insuficientes.



**L. Scarabelli:** ¿Cuáles son los autores que forjaron tu imaginario y con los cuales sientes que entretejiste un diálogo profundo? ¿Qué rol han tenido en la construcción de tu escena de escritura?

**A. Kozameh:** Si voy a mencionar la primera niñez, tengo que decir que hace unos meses murió mi madre a los noventa y siete años. De su casa de Rosario separé muchos libros y los envié al departamento en el que vivo en Los Ángeles. Mi angustia se centraba en la posibilidad de perder las enciclopedias 'varias' que nutrieron mis lecturas iniciales: la *Enciclopedia Cumbre* ilustrada, la *Historia Universal* de Charles Seignobos, que se sumaron a las varias obras completas de Aguilar de tantos autores y filósofos imaginables que ya tenía conmigo y que venían de mi adolescencia. Pero llegaron, y con eso me sobrevino una especie de paz (siempre transitoria) mezclada con la compulsión de abrir, ojear, releer esa enciclopedia *Cumbre*, de buscar fotos que nunca había olvidado, de abrazar cada tomo mientras les sacaba el polvo acumulado. Creo que ése es mi diálogo esencial. Claro que entre la niñez y el día de hoy se instalaron para siempre desde Erasmo y su *Elogio de la locura* hasta Joyce con su *Ulises*. Pero sí puedo decir que logro establecer un diálogo profundo con los autores que me desafían con su complejidad. Con los que no se terminan nunca aunque sus textos sean de unas pocas páginas. Ejemplo de esto, Rulfo. Todos los que conocen el beneficio del silencio en la escritura. Esos silencios en los que tiene cabida el movimiento mental del lector. Y el rol que esos autores tienen en la construcción de mi escritura está directamente relacionado con esos espacios, esos silencios que ellos presentan, esa manera de abrir sus puertas al movimiento, a la danza del que no logra dejar de bailar.

**L. Scarabelli:** Tu escritura, ¿es un proceso racional consciente o más bien visceral, que sale a la superficie a través del riguroso ejercicio de la palabra?

**A. Kozameh:** Seguramente se trata de una combinación. Sin embargo, tengo muy claro que nunca pude imaginar para mí una vida sin escritura, y hablo de poesía y ficción. Inimaginable, quiero decir, una vida sin creatividad. Sin los elementos que permiten canalizar la creatividad. A esos elementos los busqué desde que tengo memoria. He dibujado y pintado, suelo dibujar y pintar, pero esa manera de creatividad nunca compitió con la escritura, sobre todo porque se me daba sin grandes desafíos. Encontrar la palabra justa, encontrar esa palabra que cuando aparece te libera por un segundo y medio de la ansiedad, es un desafío, y mayor de lo que pueda suponerse. Necesito desafíos para sobrevivir. De manera que la escritura podrá tener esos orígenes "viscerales", que serían en realidad cerebrales, físicos, químicos, sí, pero como uno empieza a ejercerla, lo consciente y lo racional se toman gran porcentaje del terreno, algo requerido para llevar a cabo el trabajo literario. De la acción de las emociones uno nunca está exento. La cuestión es poder respirar hondo y regresar al estado de consciencia.



## MEMORIA

**L. Scarabelli:** Ya a partir del título que elegiste para este diálogo, la cuestión de la memoria resulta central en tu quehacer literario. ¿Qué quieres decir cuando afirmas que no hay pasado? Y ¿te estás refiriendo tan solo a tu experiencia de vida o también al proceso de escritura?

**A. Kozameh:** El “pasado” existe sólo en nuestras mentes. Cada uno lo vive de una manera muy subjetiva. Vivimos porque existe la memoria. Pero la memoria es un hecho vivo. Nos persigue, nos golpea, nos castiga, nos proporciona alegrías. Estamos penetrados por lo que experimentamos a diario y acumulamos en los rincones del cerebro, y por las modificaciones que esas fuerzas ejercen en él: ripios, tajos, reconstrucciones de heridas, huellas imprimidas por el peso de suelas de zapatos muy pesados. Esa memoria nos abre, nos cierra, nos crea y nos recrea constantemente. En esa medida, en la medida en que es un fenómeno que no se interrumpe, ese “pasado” es en realidad un presente continuo. Me refiero a esto en términos generales, a la manera en que se construye la vida instante tras instante, que es mucho más una acumulación vivida en el presente que un pasaje de tiempo. Y esto, desde la perspectiva del que ha vivido experiencias realmente violentas que han determinado los rumbos que ha tomado su existencia, vive en el presente todo lo “pasado” de manera constante. No conozco a nadie que haya pasado por el horror de una dictadura, de la cárcel, de la tortura, del exilio, y de lo que llamamos “insilio”, que sienta que toda esa experiencia pertenece a un tiempo pasado. Todos lo sentimos como un presente día a día, noche a noche. El dolor ocasionado por hechos como éstos no desaparece tomando una aspirina. Y es constante. Y en términos del proceso de escritura mantengo la misma idea. En lo personal, escribo con una intensidad a veces un poco inusitada que me hunde completamente en la dinámica del texto, en la que revivo lo que, de todos modos, nunca he dejado de vivir.

**L. Scarabelli:** Podemos afirmar que la escritura es siempre una elaboración de lo vivido, que alcanza a procesar la experiencia a nivel imaginativo. ¿Crees que la escritura pueda ayudar en la reconstrucción y reconstitución del pasado?

**A. Kozameh:** Dejando de lado el concepto de “pasado”, pienso que a elaborar, sí. Uno a través de la escritura puede reflexionar, pensar, repensar, agregar, sustituir, eliminar, como es posible hacerlo desde la pintura, la música, el teatro. Es cierto que la palabra escrita es un espejo que se torna ineludible porque atrapa, en el sentido de que sólo la ceguera te permite ver una imagen que no corresponde a lo que está frente a ese espejo. Un espejo es imparcial, impiadoso, brutal. Por eso es posible elaborar. Te pone todos los elementos que te componen frente a los ojos, y allí quedás, frente a vos misma. Esa elaboración es una batalla, y dura. O sea que elaborar, sí. Pero reconstruir, reconstituir, si nos referimos con eso a volver a lo que uno fue antes de los hechos que dejaron las grandes marcas, no. Las huellas profundas permanecen. A partir de allí, se es lo que se fue con el agregado y el peso de todas las marcas, que ahora te constituyen. De alguna manera se deja de ser lo que se fue para pasar a ser otro.



**L. Scarabelli:** Tu escritura no es una forma de curación que logra procesar a nivel imaginativo las heridas de la experiencia, sino todo lo contrario. Es un proceso que abre más las heridas y, a través de su penetración, se asoma al abismo. En tu escritura la búsqueda de la palabra exacta para nombrar lo innombrable es central. ¿Cómo llegas a esta palabra?

**A. Kozameh:** Sí. Mi escritura, como proceso creativo, abre más las heridas. Y creo que eso es producto de mi personalidad, formada en una familia problemática y no feliz, por varias razones. Mi escritura responde a esa personalidad, que es, más que nada, una identidad. Existe la parte racional, que indica que si no hay “curación” a través de la escritura es porque no hay curación, simplemente. Pero también hay escrituras que trabajan temas iguales o similares que quizá se interrogan menos, ahondan menos, porque tienen una intencionalidad de alivio del dolor. Yo no busco el alivio. No lo necesito, no lo quiero. No sólo por el aspecto racional que dice que la memoria es indispensable para que el horror no se repita, y que para no olvidar hay que revivir, siempre, sino también porque para ciertas personalidades la “curación” no es posible, porque suprimir el dolor, la “herida”, es suprimirse a sí mismo, es morir como la persona que se es. Así de intensa es la presencia constante de la experiencia en quien la vivió. Así de intensa y de invasiva. Es cierto que indago, voy a las profundidades tanto de la experiencia propia como de la de otros, “otros” refiriéndome a los personajes de mis novelas, de mis cuentos. Pero lo de indagar hasta lo profundo es parte de esa misma personalidad formada desde el nacimiento, que se suma a lo que está más determinado, aunque no completamente, y que uno trae consigo al nacer. Y el abismo resulta en esa casa propia, y es el lugar más cómodo (por tanta incomodidad) de todos los lugares que existen. El abismo es el camino hacia esa palabra tan ansiada. La palabra se ahoga y resucita en ese vacío tan habitado. Lo innombrable no existe. Todo puede ser nombrado, aunque haya que escribirlo con sangre, con linfa, con las propias células.

## LÍNEAS DE FUGA

**L. Scarabelli:** Como señalo en la presentación de tu obra, en tu itinerario de escritora podemos destacar dos líneas de fuga, que se pueden resumir en una serie de palabras clave: violencia, poder, exilio, por un lado, e identidad, pertenencia, por el otro. La sensación es la de que tu narrativa escribe y reescribe variantes de lo mismo, a través de una reflexión vertical sobre ciertos temas. ¿Te reconoces en esta sensación?

**A. Kozameh:** Sí. No me inquieta, porque se trata de las propias obsesiones. Uno necesita volver compulsivamente sobre lo mismo cuando hablamos de obsesiones. Lo que sí podría traerme preocupación es la posibilidad de repetirme desde el punto de vista de la creatividad. Ciertos temas son infinitos, eternos, y al serlo conceden el espacio como para que el que escribe no quede encerrado en un círculo vicioso. Pero siempre existe el peligro de que eso ocurra. Es otra forma de ese abismo del que hablábamos, que tiene tantos flancos. Pero sí, por ejemplo, nos imaginamos un cuerpo humano en un corte



longitudinal, y si observamos su interior minuciosamente, los detalles son tantos y tan complejos en cada aspecto que siempre habrá algo para decir. Como tema se torna irrenunciable y, sobre todo, la tentación de regresar una y otra vez a encontrar más detalles sobre la naturaleza de ese cuerpo se vuelve imperativa. Explorar, indagar, introducirse en la materia, desbrozarla y llegar a entenderla no hace que esa materia se agote. Creo que depende de las intenciones o de las necesidades del escritor decir basta o avanzar hacia el interior de las cosas. Yo avanzo de manera compulsiva. Por eso escribir me ahoga (al margen de cuánto me es indispensable): porque al entrar muy en lo profundo llega a terminarse el oxígeno. Si uno logra salir, asomar la nariz en la búsqueda de cierta sanidad mental, se retoman la fuerza y las estrategias, en parte viciosas, que permiten volver a sumergirse en la profundidad del dolor que suele producir cierta escritura.

**L. Scarabelli:** En algunos de tus textos —*Pasos, Patas, 259*— hay una fuerte marca autobiográfica; en otros, la voluntad de plasmar la palabra para vivir más allá de las posibilidades dadas por tu propia experiencia. La escritura en este caso se convierte en un puente, una forma de acercamiento al otro, de comprensión del otro. Esto se ve muy bien, por ejemplo, en *Bruno regresa descalzo*. ¿Puedes profundizar en este aspecto?

**A. Kozameh:** Creo que uno se acerca al otro para saciar esa eterna curiosidad. No todo es tan loable ni generoso. De hecho, entrás al cuerpo del otro, a su cerebro, para poder responderte preguntas. Para saciar avideces y lograr encontrarte con esa materia que es el alimento que te permite seguir viviendo. Y una vez más, entrar tanto en otro es parte del juego del abismo. ¿Podré llegar? ¿Me faltará el oxígeno? ¿Lograré sobrevivir? ¿No será que el otro, el penetrado, en medio de mi aventura va a terminar encontrándose con la muerte? ¿Y si lo asfixio? ¿Y si lo ahogo? El proceso de escritura de *Bruno* fue complejo. Lo emocional me había invadido de tal modo que sentía que no quería, pero necesitaba dejar de escribir ese libro cuando estaba por la mitad. Lo hablé con un amigo que reaccionó con energía y me dijo que debía, que era un deber, seguir escribiéndolo y terminarlo, porque yo era la única que iba a producir ese texto de la manera en que lo estaba haciendo. Pero fue duro. De una primera persona masculina a lo largo de cuatrocientas páginas, con tanto conflicto y tanto dolor, y con la intensidad con que entré a esa personalidad, a esa vida, no era sencillo salir. Mi cotidianidad, durante los cuatro años que me llevó escribir ese libro, se convirtió en una cadena de altibajos. Recuerdo que cuando iba a sentarme a escribir se me aceleraba el corazón, sentía ganas de llorar, y me enfermé varias veces. Pero también me sucedían cosas similares si no estaba escribiendo. Quería volver a mi personaje. Desde ya, volvía tan rápido como me era posible. Y después, al salir del personaje para reubicarme en mi rol frente a una clase en la universidad, por ejemplo, no había transición que no resultara dolorosa. En alguna oportunidad los alumnos me han preguntado si me sentía bien. Recuerdo haberlos mirado perpleja, y después entender la pregunta y pasar a explicarles, incluso un poco avergonzada, lo que me pasaba. Ellos aprecian, por suerte, este compartir experiencias personales relacionadas con el proceso de escritura, porque son o aspiran a ser escritores. Parte del oficio.



**L. Scarabelli:** En muchas entrevistas afirmas que la escritura para ti es una necesidad biológica y hasta una experiencia corporal. ¿En qué sentido lo dices?

**A. Kozameh:** En el sentido del ejemplo que te daba antes. Por la intensidad de la que hablábamos, me es imposible evitarla. Porque me invade. Se adueña, se hace cargo, toma las decisiones. Me indica cuándo comer, cuándo sentir sed, cuándo dormir, cuándo respirar. Dejo de manejar muchos aspectos de la vida diaria. En cuanto a eso, realmente, tener una obligación que te requiere sin alternativas, como dar clases dos días a la semana, ayuda a sobrellevar la ansiedad escritural. Se produce una especie de balance que, aunque no dura mucho, limpia el cerebro de esa toxicidad por un tiempo.

**L. Scarabelli:** En tu obra la palabra ‘pasa’ literalmente por el cuerpo: es una palabra carnal, que se conecta a las funciones biológicas más íntimas, una palabra que penetra en las entrañas. ¿Existen modalidades de ‘control’ de esta invasión de la palabra?

**A. Kozameh:** Deben existir. No sé qué resultados puedan llegar a dar, o cómo puedan afectar la escritura misma. Yo no logré nunca dominar esa invasión. Lo he pensado muchas veces. Recuerdo cómo fue ese proceso mientras escribía la novela *Basse danse*, protagonizada también por dos personajes masculinos con una relación muy simbiótica. El libro está dividido en diálogos entre estos dos personajes a todo su largo con otros elementos que se alternan. Yo decidí escribir primero la parte dialogada, quizá porque necesitaba conocer a estos dos muchachos. Fue una manera de entrar en ellos desde su exterior. Creo que me imaginaba, al escuchar lo que se decían, que estaba sentada en un cine viéndolos en la película. Menos doloroso, supongo, que haber empezado entrando en ellos, en sus mentes, en sus cuerpos. Terminé esa parte de la novela y muy pronto me encontré en un estado de gran ansiedad, con el asma en situación de emergencia. El médico me pidió que me separara de la escritura por un mes. Eso me produjo más ansiedad. Sentía que estaba dejando morir a los personajes. Las culpas me pusieron a prueba porque de acuerdo a lo que yo estaba sintiendo ellos interrumpían su diálogo a causa de mi decisión, en fin. Estaba alterada y necesitada de seguir con mi trabajo. Salí de la crisis y volví a seguir con la novela. Eso me trajo, por un lado, alivio y, por el otro, más miedo. Miedo de tener que dejar de escribir, como me había indicado el médico. No, no logro impedir ese proceso. Al terminar *Bruno regresa descalzo* quedé literalmente agotada, drenada, y pensé: qué bien. Ahora voy a descansar. Voy a escribir algo que no me mantenga estructurada en el esqueleto de una novela. Pero no. No funciona de esa manera. Estoy escribiendo poesía, y no me calmo. Evidentemente la calma, si llega, aparece desde otro lugar. Cuando siento esa supuesta calma me dura segundos. La calma me trae culpas. ¿Cómo voy a sentir calma con la locura que es este mundo? Sobre todo cuando se está atento a lo que pasa alrededor de uno. No hay manera.

**L. Scarabelli:** Otra particularidad de la relación entre cuerpo y palabra es que el cuerpo no miente, ¿es cierto?

**A. Kozameh:** Claro, no, no miente. El cuerpo es toda esa tragedia y toda esa alegría. Es lo que nos comanda y sin lo cual nada existe. Es una combinación un tanto perversa de



hierro y oro. Un oro que nos mantiene pensantes, y un hierro que se herrumbra, que se herrumbra demasiado pronto. Una pena, se me ocurre, porque el cuerpo es el que comanda la palabra. No queremos que esa palabra se extinga hacia el futuro. La maravilla es que una generación sigue a la otra. Deseo tanto que siempre haya alguien que hable, que grite, que cante, alguien que recorra las entrañas humanas con su palabra escrita. Y que eso dure. Mucho. Que nunca deje de ser parte esencial de nuestras vidas en el presente y a lo largo de lo que dure la humanidad. No sé si es mucho pedir. ¿Vos creés, Laura, que es mucho pedir?

---

Crítica literaria y profesora de Literaturas Hispanoamericanas por la Università degli Studi di Milano, **Laura Scarabelli** se doctoró en Literaturas Comparadas por la Universidad IULM de la misma ciudad. En su investigación se ha ocupado de los imaginarios del negro y de la mulata en la narrativa cubana del siglo XIX y de la obra literaria de Alejo Carpentier. Actualmente se está dedicando a la reflexión sobre modernidad, postmodernidad y globalización en América Latina. Su ulterior ámbito de interés es la relación entre literatura, memoria y violencia política en el Cono Sur. Entre sus publicaciones más recientes, destaca el volumen *Escenarios del nuevo milenio. La narrativa de Diamela Eltit* (1998-2018) y las coediciones de *Donde no habite el olvido. Herencia y transmisión del testimonio en Chile* (2017) y *Letteratura di testimonianza in America latina* (2017), en coparticipación con Emilia Perassi.

[laura.scarabelli@unimi.it](mailto:laura.scarabelli@unimi.it)